

EDITORIAL

El Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía de México

Motivación - Filosofía - Realizaciones

MANUEL VELASCO-SUÁREZ*

El hombre disfruta la vista del pasado. DANTE

El tiempo de la ciencia es un tiempo especializado, sin ninguno de los caracteres que la conciencia reconoce en el tiempo mensurable. BERGSON

La gran motivación para poder ser debe buscarse en la vida e identificarla con lo que llamamos vocación. Descubierta esta intención dentro de la medicina se convierte en la causa que mueve a crear algo que llene la existencia, para sentir que se ha cumplido con un deber superior, por encima de lo contingente.

En el caso del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, los motivos que impulsaron su creación se convirtieron en la causalidad de su existencia y por lo tanto, en fuerza de la razón suficiente y en acción determinante de su realización. Se buscaba la mejor atención del hombre y sus problemas relativos al cerebro y a las enfermedades del sistema nervioso.

Pensando con Husserl, se ponía en juego "la conexión de la experiencia con la posibilidad experimental lógica", en un nuevo orden orientado a la adquisición de nuevos conocimientos médicos y de

transformaciones del medio, para la elección de nuevas motivaciones científico-sociales.

La motivación aristotélica la sentíamos como el motor inmutable que es el bien, fin al que debe tender la vida del hombre, pero más que eso, como la razón suficiente de la volición para dar lugar a un hecho y muchos actos de consecuencias específicas, para orientar y encontrar las guías de la asistencia a los enfermos nerviosos sobre bases científicas, con la mejor tecnología y robusteciendo la filosofía humanista, ya que habríamos de trabajar con lo más selecto de la naturaleza humana, el cerebro y su conducta.

Nos movía la necesidad de tener en México una institución central, donde además de cultivar las neurociencias, fuera posible la práctica de la medicina y de la cirugía sin deshumanizar nuestras actividades por la aplicación de la más fina tecnología y de los resultados de la investigación experimental. Que no fuera sólo un hospital, sino un gran centro de enseñanza e investigación y de asistencia especializada, para servir mejor a los enfermos del sistema nervioso.

Una casa de formación de que México estaba necesitando, para no quedar a la zaga en neurología, neurocirugía y ramas correlativas de la psiquiatría biológica.

* Académico numerario. Director honorario, Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía.

Hace 25 años iniciamos el proceso de su creación y lográbamos el decreto que dio forma legal a su existencia, cuando los avances de la medicina en el mundo reclamaban ya un mayor impulso a las ciencias neurológicas y su mayor penetración a la clínica. La neurofisiología entraba ya a los campos de la vigilia y del sueño y se vislumbraba el descubrimiento de mecanismos de la memoria, el aprendizaje y la conducta, con sus respuestas emocionales y su influencia sobre diversas funciones endocrinas y viscerales.

Una nueva dimensión de la medicina tomaba cuerpo y urgía estructurar en México una "central neural", capaz de intercomunicarnos, almacenar información, transmitirla y formar nuevos médicos neurólogos, neurocirujanos, psiquiatras e investigadores, que además de especialistas trabajadores de la salud, se convirtieran en difusores y educadores que profesaran las neurociencias en nuestro medio.

Con mayor razón nos proponíamos borrar el pesimismo médico y el popular derrotismo frente a las enfermedades nerviosas: eliminar el empirismo y fortalecer la premisa de que no es posible ofrecer buen tratamiento sin diagnóstico, y menos sin conocer la etiología y patogenia de los padecimientos neuropsiquiátricos. ¿Y qué no decir, de nuestras carencias epidemiológicas en la materia . . . ?

El proceso de ignición se ha mantenido en la combustión de ideas, proyectos y realizaciones. Desde entonces vivimos dentro de un gran motor de infinito número de revoluciones, cuya marcha no puede desbocarse sin riesgos de los que el Instituto cuida a los enfermos y pretende disminuir errores, para que sea la prudencia y la sabiduría las que regulen el entusiasmo y la audacia.

Después del primer intento de plasmar estas ideas en 1952, se pospuso la obra, que no la determinación, hasta 1959, que logramos reanudarla, y un segundo intento casi cristaliza en 1960, cuando empezamos a trabajar en investigaciones cerebrales, con la prometedora producción de Hernández Peón, tempranamente desaparecido.

Es por tercera vez que el propósito llega a materializarse aquí, en este lugar, con la fuerza y la razón de la misma causa, con más energía de la que generó nuestra motivación original, y con toda la decisión y voluntad para el triunfo.

Nuevos planos, proyectos y programas fueron sometidos a la consideración ejecutiva del doctor José Álvarez Amézquita, entonces secretario de Salubridad y Asistencia, en el gobierno del Presidente López Mateos. Conseguida su aprobación el 8 de agosto de 1962, los mil y mil pensamientos, argumentos y reflexiones para la justificación del Instituto, empezaron a erguirse en columnas de hormigón y a armarse el

mecano de vigas pretensadas de concreto y los muros de piedra volcánica que sostienen aquí en Tlalpan este techo, que ya con su equipo de hombres y delicado instrumental, abrió sus puertas definitivamente como el Instituto Nacional de Neurología de México, sobre la Avenida de los Insurgentes, el 28 de febrero de 1964.

Estos 14 años transcurridos se miden en el Instituto por sus logros. Si bien no se han superado todos los propósitos de su creación, sí se han alcanzado sin alardes de soberbia, las mejores metas.

No había antecedentes y hubo de crearse un nombre y empezar la historia, para consolidar propósitos y crear valores. Tiene ya un bien ganado prestigio en el país y en el extranjero. Tanto, que aquéllos que nos sigan no sufrirán los riesgos de la improvisación ni la esclavitud del coloniaje científico; contando con mucho que antes no existió, criterios, principios científicos, la simiente germinada y el árbol de la neurología mexicana crecido, requerido todos los días del talento fertilizante para dar mayores y mejores frutos.

Escudriñando profundamente, de la corteza al tronco del cerebro, se han enriquecido las neurociencias. Aquí se ha acrecido la vocación de muchos médicos en convivencia próxima con los enfermos, y estudiantes que han hecho su carrera hospitalaria y de investigación.

Hemos contado con la colaboración docente de la Facultad de Medicina y del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y periódicamente de instituciones y universidades del extranjero, de la Organización Mundial de la Salud, así como de otras organizaciones que mantienen intercambio científico con nosotros y cuyos más distinguidos profesores han encontrado aquí facilidades de pesquisa y tribuna para discutir conocimientos y confrontar descubrimientos, experiencias y resultados.

El Instituto ha crecido proporcionalmente y su filosofía humanístico-científica y tecnológica, no se ha desviado de sus fundamentos representativos de los intereses superiores del hombre, con significado individual y social, y el reconocimiento de su dignidad en plenitud. Para entenderlo en su mundo que es el de la naturaleza y el de sus problemas y patología de la estructura funcional más delicada de su economía y responsable de su proyección en la historia, el cerebro.

Es el reconocimiento de la "totalidad" del hombre, formado de cuerpo con espíritu y destinado a vivir con cabal salud, dominando el mundo y su existencia, la filosofía que nos mantiene en el cauce de la medicina científica y la ética, más que de la metafísica *vs.* refinamientos puramente tecnológicos.

No somos ajenos al humanismo filológico, máximo cuando son la fisiología cerebral y la neurología las que han permitido entrar en las honduras estructurales de la comunicación verbal y las excelsitudes auténticas del lenguaje. Sentimos la necesidad de redespear ideas antiguas y restablecer el significado de la verdad, de la poesía y la religión y fundirlo todo, si fuera posible, en la ciencia actual, con el mejor signo del humanismo constituido por la exigencia de descubrir el rostro auténtico del hombre consciente y despierto en toda dirección, al través de la cultura y del conocimiento crítico.

Esta institución se ha robustecido cumpliendo con los motivos de su justificación y todos sus miembros han realizado un esfuerzo colectivo muy valioso, con frecuencia sumando sacrificios en la ardua tarea de prepararse, aprender enseñando y pretendiendo servir cada vez mejor a los enfermos, cuya dignidad hemos defendido e identificado también con el bienestar de los suyos y los nuestros, no sólo en la medicina diaria y la difícil neurocirugía, sino también en sus gabinetes de diagnóstico y laboratorios de investigación pura y aplicada, con cuyo rigor científico y deontológico se han agregado importantes conquistas a la clínica neurológica y despertado mayores inquietudes por la comunicación y los desórdenes físicos y mentales, médicos y quirúrgicos del sistema nervioso.

Aquí se han mantenido principios de docencia y servicio, siempre sobre normas científicas, morales y también humanitarias, sin límite de tiempo y con el mayor altruismo. ¡Ay de aquél que no haya tenido cabal conciencia para actuar con estos principios!

Desde sus orígenes, el Instituto cobijó bajo el palio de las neurociencias a la psiquiatría, para no descuidar las funciones cerebrales y la patología del sistema nervioso más relacionadas con la conducta, comprobando que los mejores logros han sido el resultado de la colaboración multidisciplinaria. Así, aquí se han formado especialistas neurólogos, neurocirujanos, psiquiatras y técnicos, nacionales los más y un buen número de extranjeros, particularmente de la región del Caribe, Centro y Sudamérica, capaces todos de entender a quienes sufren desórdenes intelectoemocionales y explicarse la psicobiología causal de problemas de salud mental, nunca ajenos a quien comparte conocimientos de las funciones cerebrales en la convivencia institucional de neurólogos y psiquiatras. Nuestros médicos residentes, imbuidos de la filosofía que mueve esta institución, cumplen apasionados de la mística de su trabajo con el equilibrio mejor entre la teoría y la práctica, entre la ciencia y la clínica, entre la técnica y el humanismo.

Si el hombre es lo que su cerebro es, el Instituto

deberá representar la suma de cerebros de sus integrantes, personal profesional y no profesional, y de los enfermos, no sólo para adelantar en su conocimiento y para aliviar dolores, sino para representarnos en la revolución del saber y de la ciencia.

El Instituto nació con signos de autonomía técnica y administrativa, en el decreto que expidiera el Presidente Miguel Alemán en 1952, con el reto de regir su propia vida, independiente en lo posible de los mandamientos ajenos a sus propósitos y de los vaivenes de la burocracia. Sin embargo, debemos reconocer que ha estado protegido para que sin cambios espectaculares afirme su seguridad y progreso. Ahora, después de 25 años de su ignición y de casi tres lustros de existencia, realizado, sereno y en plena batalla, está legalizando su mayoría de edad y alcanza toda la responsabilidad de su destino.

Nos es muy grato y satisfactorio reiterar, en nombre de todos los que formamos esta institución, nuestro profundo reconocimiento al Gobierno de la República que, a lo largo de tres sexenios nos ha dado todo al través de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, sin regateos ni más limitaciones que las de sus recursos presupuestales.

Dejamos la constancia de nuestra gratitud al Presidente Alemán, quien vislumbró la importancia de este Instituto, decretando su creación y aceptando ahora integrar su Patronato; al Presidente Adolfo López Mateos, de queridísima memoria, al licenciado José López Portillo, Presidente de la República y al actual titular de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, doctor Emilio Martínez Manautou, cuando conceden al Instituto su cabal autonomía en el manejo de su administración; en las delicadas tareas del Patronato contaremos con la valiosa experiencia del profesor doctor Bernardo Sepúlveda.

Con la objetividad de los hechos y la experiencia vivida, puedo afirmar que el Instituto sabrá llevar adelante y cada vez en niveles más elevados, la misión que tiene en México y para la neurología contemporánea.

Sin que el próximo ayer pertenezca ya en este momento al pasado y después de superar muchos retos, ahora comenzamos otra etapa con el propio ser del Instituto. Tenemos la oportunidad de repetir, con Grey Walter, que el *cogito ergo sum* cartesiano es una verdad psicológica verbal, en virtud de la suprema función del cerebro; y con San Agustín, que no es posible mantenerse negligentemente en la duda, sin apelar a la conciencia. Es con ese instrumento cerebral del pensamiento que queremos seguir buscando con humildad los "grados más altos de certidumbre" en nuestro delicado quehacer.

Algo muy importante representa también esta casa:

primero, que ha sido un templo de conversión de médicos a la neurología, quizá la mayor y más amada contribución de mi vida profesional, y luego, porque sabiendo que somos, pensamos y queremos ser mejores... el *sum* ahora representa una experiencia constante en coherencia con nuestros propósitos.

Recordando a Juan Evangelista Purkinje, repetiríamos: "...y así, como una generación enseña a otra, se ha vuelto claro a los ojos de quienes dirigen las naciones, que para la preservación y mejoramiento de la salud del pueblo, la medicina debe convertirse en materia de derecho común público, asentando que la salud integral y la perfección física, como

un todo, constituyen la mejor meta para el pueblo, invocando para tal propósito toda la autoridad pública y el poder ejecutivo. Así, todo esfuerzo individual encaminado en este sentido, no debe perderse en vano sino juntarse y fortalecerse para alcanzar la meta... somos una parte del todo y la neurología debe hacer su parte en la salud pública".

Tengo fe en Dios y confianza en los valores intelectuales y morales de los hombres que integran el Instituto. Con el doctor Francisco Escobedo hacemos votos, los más fervientes, por la marcha seguramente ascendente de esta casa, ahora más obligada en lograr la victoria de su destino.